



DON JUAN PABLO ANAYA.

La vida de este insurgente es bastante curiosa, por los innumerables episodios que tuvo y por los pocos combates en que se encontró, así como por la buena posición que disfrutó constantemente y por las intrigas en que tomó parte.

Vió la primera luz en Lagos, población de la Nueva Galicia, el 26 de Junio de 1785; fué hijo legítimo de Don Pablo de Anaya (fallecido én 8 de Octubre de 1828), que tenía una posición social muy buena, la que le permitió dar á su hijo una educación, bastante escasa por cierto, pero no inferior á la que recibían los hijos de los acomodados en pueblos de tercer orden como era Lagos. El joven Anaya se encontraba en su tierra natal dedicado á atender los bienes que un día serían suyos, cuando resonó el grito de Dolores, que tuvo sus simpatías desde

el primer momento; sin embargo, dejó pasar algunas semanas, ó más bien dicho, meses, antes de seguir el partido de la insurgencia, y no fué sino hasta que Hidalgo llegó á Guadalajara, en la segunda quincena de Noviembre, cuando se presentó á él. El Dr. Rivera afirma que el Generalísimo dió á Anaya el grado de Mariscal de campo, ignoramos por qué circunstancia, pues ningunos antecedentes militares tenía ni había prestado algún servicio extraordinario á la insurrección para que se le diese un alto grado, como era ese, que pocos aún en aquellos días llegaron á obtener.

Sea como fuere, estuvo en la batalla de Calderón y acompañó á los Generales en su retirada hacia el Saltillo, sin que en el transcurso de Enero á Marzo de 1811 lo mencione la historia para nada; hasta que Rayón quedó al frente del ejército y se retiró á Zacatecas se cita á Don Juan Pablo como uno de los jefes que quedaron mandando el ejército insurgente, aunque sin tener el carácter de segundo de Rayón, pues ese puesto correspondía, naturalmente, á Don José Antonio Torres, que era más antiguo que Anaya. Antes de salir del Saltillo, Rayón ordenó á Anaya que desarmase á las tropas presidiales, que no inspiraban confianza; en el puerto de Piñones mandó la infantería é hizo retroceder al enemigo, que al fin quedó derrotado, y en unión de

Vázquez y de Villalongín se distinguió bastante Anaya, según asienta Bustamante. En la hacienda de Bayon aquél y Don Víctor Rosales fueron destacados con quinientos fusileros para reconocer la ciudad de Zacatecas (Abril de 1811), y empeñaron una acción que se decidió favorablemente gracias á la oportuna llegada de Torres. Concurrió á la acción del Maguey, después de la cual se separó de Rayón y empezó á obrar por su cuenta en Michoacán con una división que según cálculos del General Cruz era de dos mil hombres.

Se situó Anaya en la presa de Jesús, desde donde hacía correrías por las inmediaciones y sólo ya en unión de otros jefes, como sucedió en Julio de ese año, invitado por Muñíz para concurrir al asalto de Valladolid, aceptó y se presentó con sus tropas, consiguiendo poner en grande aprieto á Trujillo, que mandaba en la plaza; Anaya hubiera entrado á la ciudad por Santa Catarina, si Muñíz, celoso de la gloria que aquél pudiera adquirir, no se hubiera negado á proveerlo de las municiones, que se le habían agotado; tuvo, pues, que retirarse para no ser derrotado, y esa fué la señal de la retirada de todo el ejército insurgente, que dejó sus cañones: en Valladolid se atribuyó esta retirada á milagro patente y Trujillo, no obstante haber conservado la población, pensó seriamente en

abandonarla, dirigiéndose á Toluca, lo que no llegó á hacer, por haber recibido refuerzos.

Anaya se dirigió á Zitácuaro al lado de Rayón, del cual fué constante y fiel partidario y participó de la suerte que á ese caudillo cupo en el resto del año de 1811 y en principios de 1812 marchó á Cuautla, comisionado por la Junta de Zitácuaro para llevar á Morelos un refuerzo de trescientos hombres; estuvo en ese sitio, sin que durante él tuviese ocasión de distinguirse, y terminado, volvió al lado de Rayón.

En el resto del año de 1812 y en todo el de 1813, ó sea en el largo espacio de tiempo de cerca de dos años no mandó ningún Cuerpo de ejército ni tomó parte en ninguna campaña por su cuenta: fué su adicto y compañero y nada más, y en Septiembre del último año citado fué enviado por Rayón á Chilpancingo cerca del Congreso que se había instalado, para que le comunicase sus impresiones acerca de aquel Cuerpo; obligado Rayón á presentarse personalmente y no por medio de representante como quería, volvió á unírsele Anaya, que no se le separó ni cuando fué enviado á administrar la provincia de Oaxaca. Allí parece que se unió á Rosains y al Camónigo Velasco en contra de su antiguo amigo, pues éste lo acusa de ser uno de los causantes de la pérdida de la provincia, no

obstante que está averiguado que la principal causa de esa pérdida fué la incapacidad de Rayón. A pesar de tales imputaciones de Rayón, siguió mostrándose amigo de Anaya y le dejó el mando de las fuerzas con que auxilió al Capitán Roca en el camino de Teotitlán cuando aquél fué atacado por fuerzas del Coronel Hevia; Anaya se sostuvo bastante tiempo, pero al fin tuvo que retirarse perdiendo municiones y el cargamento de grana que traía, (Abril de 1814).

Anaya, unido definitivamente con Rosains, se dirigió á Huatusco, donde ambos fueron sorprendidos por Hevia y obligados á huir; no obstante este revés, el primero fué nombrado por el segundo Comandante de la provincia de Veracruz, carácter que los demás insurgentes, especialmente José Antonio Martínez, se negaron á reconocer; Rosains entonces, tanto para darse á respetar como para apoderarse de la parte del convoy copado en Marzo anterior y que Martínez tenía escondido, hizo atacar á éste por Anaya y consiguió derrotarlo y darle muerte. Con este suceso los jefes insurgentes de Veracruz se sometieron á Rosains y no tuvieron inconveniente en reconocer como superiores á Anaya y á su segundo, Don Guadalupe Victoria, hecho entonces Coronel.

Encontrábase el Mariscal recorriendo la

provincia cuando recibió de Rosains órdenes urgentes de que fuese á ponerse al habla con el pretendido General Humbert, que acababa de desembarcar en Nautla, diciéndose enviado del Gobierno de los Estados Unidos con el objeto de tratar sobre los medios de coadyuvar á la Independencia; la noticia de este desembarco causó bastante regocijo entre los insurgentes: Rayón trató de hablar con Humbert, pero inútilmente; el Congreso mandó solemnizar la noticia con regocijos públicos; hasta Morelos llegó la noticia, que él no se atrevió á negar, y Rosains, por hablar con Humbert, por poco cae en manos de los realistas. El pretendido enviado no era más de un pirata ó un aventurero que navegaba por el Golfo con bandera colombiana y que vino á ver si podía hacer negocio; debía llegar hasta San Andrés pero los movimientos de Hevia lo hicieron detenerse en Quimistlán, y viéndose en peligro se negó á pasar á Tehuacán, con pretexto de que su goleta corría riesgo. Anaya quiso ir con él y al efecto consiguió que el Congreso le enviase sus credenciales de Plenipotenciario y que Rosains le diese licencia para ir.

Las instrucciones que el Mariscal Anaya llevaba eran, según Rosains, que dice que las vió, hipotecar la nación en seis millones de pesos para los gastos de la guerra, y de los que debería dar á Humbert dos-

cientos mil pesos para equipar doce mil soldados; Anaya, por su parte, debía levantar cincuenta mil hombres y conservar el resto del dinero para invertirlo según las instrucciones que se le diesen. En cuanto a los recursos que se le dieron para el viaje, copiamos íntegro lo que dicen los escritores y documentos de la época: "El señor Humbert,—decía Don Carlos Bustamante á Morelos, en carta fechada en Zacatlán el 12 de Septiembre de 1814,—se ha embarcado en Nautla con el Mariscal Anaya, llevándose todo el pertrecho y armas que había desembarcado, con más, el dinero que Anaya pudo pillar," y en 19 del mismo mes agregaba: "Este (Rosains), en virtud de órdenes de V. A., ha procurado impedir que el señor Humbert penetrase hasta donde nosotros estamos, el cual se ha marchado llevándose crecida suma de dinero, juntamente con el que se dice mariscal Anaya ó canaya." En el diario que el Secretario de Rayón llevaba se lee lo siguiente: "Día 2. (de Agosto)—Se contestó al Intendente Pérez acusándole recibo del oficio en que participó haber regresado á la barra de Nautla Mr. Humbert con el Mariscal Anaya, quien llevó consigo más de ciento sesenta mil pesos de lo quitado al convoy que subía de Veracruz pocos días antes; y previniéndole que promoviese el arreglo de

aquellas provincias y se dirigiese después á Tehuacán en persecución de Rosains."

Anaya llevó en su compañía al padre Pedroza; mas éste, luego que llegó á Nueva Orleans, se presentó al Vicecónsul español Don Diego Morphy, protestando su arrepentimiento, en prueba del cual le instruyó de todos los intentos de Anaya. Este hizo admitir el pabellón mexicano, que él inventó, entre los que usaban los piratas, y el almirantazgo que éstos tenían establecido en la isla Barataria, hizo expedir más de doscientas patentes de corso que se remitieron á Rosains, el cual no hizo uso más que de siete y puso las demás en poder del Congreso, no llegándose á usar, por fortuna, ni esas siete. Anaya, de acuerdo con los mismos piratas, y con el apoyo de los aventureros, que abundaban en Nueva Orleans, proyectó una expedición para desembarcar en Tampico, para lo cual convidó con rotulones, Alvarez de Toledo; el padre Pedroza contribuyó á que se desbaratase, publicando contra ella una protesta en tres idiomas; otra que se proyectaba por el Norte fué prohibida por el Presidente Madison; Alvarez de Toledo aconsejó á Anaya que pidiese al Congreso más amplias facultades, y este Cuerpo estuvo de acuerdo, pero Rosains no juzgó conveniente esa ampliación y retuvo las credenciales, quedando Anaya, que nunca pasó de Nueva Or-

leans, como agente privado. Durante su permanencia en esa ciudad contribuyó á la defensa de ella cuando fué atacada por los ingleses, lo que le valió que su nombre se diese á una calle y la benevolencia del General Jackson, que le ofreció auxilios, con lo que hizo creer á Rosains que al regresar traería armas y pertrechos de guerra.

Poco más de un año permaneció el Mariscal Anaya en el extranjero, sin hacer otra cosa de provecho que despertar en Robinson el deseo de venir y que realizó algún tiempo después, pero no trajo ni un fusil ni un grano de pólvora; vuelto á México á fines de 1815, no se cuidó de dirigirse á Rosains, que ya se había indultado, ni al Congreso, que andaba á salto de mata, sino que directamente se dirigió á Michoacán, donde unido á otros oficiales que por ser de alta graduación se decían "los iguales," sorprendió á la Junta subalterna de Taretan en la hacienda de Santa Efigenia (Enero de 1816) y la disolvió, llevándose á sus Vocales presos á Ario. El móvil de esta conducta parece que no fué otro que el de evitarse el trabajo de rendir cuentas é informe de su viaje. Ese paso le atrajo la mala voluntad de todos los insurgentes de la provincia, que se apresuraron á reunir una nueva Junta en Uruápam, pero le devolvió la estimación de Rayón, que no podía ver al Congreso ni á nada de lo que

de él dependiese, así es que volvió á unirse estrechamente al antiguo ministro de Hidalgo y en su compañía sufrió muchas peripecias durante el resto del año de 1816.

Casi pacificado Michoacán á fines de él, Rayón creyó empresa fácil apoderarse de Pátzcuaro, que según informes estaba desguarnecido, y al efecto envió á esa población una partida mandada por Anaya, Gutiérrez y Melgarejo, pero Linares, el Comandante realista, acudió inmediatamente, y por poco los hace prisioneros, salvándose á uña de caballo y refugiándose en el Mal País. Este fracaso hizo que Anaya se refugiase al otro lado del río y que acabase por ponerse á las órdenes de Don Nicolás Bravo, que ejercía jurisdicción en el valle del Mexcala; cuando dicho jefe se refugió en Cópore y con la ayuda de Don Benedicto López insurreccionó de nuevo el Oriente de Michoacán, envió á Anaya sobre Maravatío, y aunque entró al pueblo en los momentos en que se daba una corrida de toros y obligó á la guarnición á encerrarse en la plaza de toros, fué rechazado y desbaratado, (Julio de 1817). Al poco tiempo cayeron presos Rayón y Bravo, fueron tomados los fuertes de Michoacán y la revolución se circunscribió al Sur, por lo que la mayoría de los jefes insurgentes viéronse obligados á indultarse ó á ocultarse: Anaya siguió el primer partido á mediados de

1818 y se presentó en Valladolid, donde se le asignó una pensión de cincuenta pesos mensuales con la obligación de seguir prestando sus servicios en las tropas realistas; como la revolución estaba ya casi extinguida, esos servicios fueron pocos.

En 1821 secundó el plan de Iguala, pero no tuvo mando alguno entonces ni entró con el ejército trigarante á México, y la Junta de recompensas de 1823 le reconoció el grado de General de Brigada, habiendo ascendido después á General de División en tiempo de Gómez Pedraza, que lo hizo, además, Ministro de la Guerra de 7 á 26 de Enero de 1833. Algún otro cargo público, como Senador, tenemos entendido que también desempeñó. Su muerte ocurrió en México el 24 de Agosto de 1850, á los sesenta y cinco años de sus edad.

Pocos ejemplos se dieron entre los insurgentes de un jefe que tuviese la fortuna de Anaya de haber tomado parte en la revolución durante ocho años sin haber experimentado grandes contratiempos y de haber disfrutado de la confianza de tantos y tan diversos jefes como Hidalgo, Rayón, Rosains, Bravo, Morelos y otros.



FRAY LUCIANO NAVARRETE.

Fué este fraile mercedario uno de los personajes más notables de la revolución en la provincia de Michoacán, de la que casi nunca salió durante la guerra de Independencia.

Nació en el pueblo de Tzacapu, perteneciente al Obispado de Valladolid, y pocas noticias se han publicado acerca de sus primeros años y de sus estudios hasta recibir las órdenes sagradas é ingresar en la religión de Nuestra Señora de la Merced; sin embargo, es probable que con motivo de las publicaciones que se están haciendo á causa de la celebración del Centenario de la Independencia se tengan algunas nuevas noticias inéditas de este guerrillero.

Se lanzó á la revolución desde los primeros días de ella, al grado que de él se dice que en Octubre de 1810 tuvo la comisión

de llevar al cerro de las Bateas, donde fueron sacrificados, los españoles que formaban la segunda remesa despachada por Hidalgo en Valladolid. Salido el Generalísimo de esa ciudad, Navarrete se dirigió á su tierra natal, donde, debido á sus relaciones, organizó una guerrilla que desde los primeros días empezó á dar qué hacer á los ejércitos realistas: con esa guerrilla entró á Pátzcuaro y Zamora y revolucionó todo el Occidente de Michoacán, escoltó á Hidalgo cuando de Valladolid se dirigió á Zamora en camino para Guadalajara, y estuvo en acecho de los movimientos de Cruz, así como también concurrió á la batalla de Urepetiro; desbaratada pero no aniquilada se volvió á reunir casi inmediatamente. No concurrió á la batalla del Puente de Calderón por causa de la dispersión que había sufrido, sino que quedó en Michoacán, donde pocos meses después reunía un buen número de soldados, y unido á Muñiz, Torres, Huidobro, etc., y bajo las órdenes de Licéaga y de Rayón, amenazaba á Valladolid (Mayo de 1811), que con dificultad resistió los diversos ataques de que fué objeto durante Junio y Julio de ese año; en el último de ellos ya los insurgentes eran casi dueños de la población, pero la rivalidad entre Muñiz y Anaya, de que ya se ha hablado, frustró la ocupación. En el mes de Septiembre, el realista Castillo Busta-

mante, unido con Don Antonio Linares, decidió hacer una expedición para acabar con las fuerzas de los Mariscales Muñiz, Torres y Navarrete, y aunque consiguieron derrotar á los tres, la resistencia que los dos últimos le opusieron en Zacapú los hizo retroceder á Pátzcuaro.

Libre de enemigos por algunos meses, se ocupó de fortificar á Zacapu, lugar que por su naturaleza era defendible, y al que hizo centro de sus operaciones, sobre todo, cuando de atacar á Valladolid se trataba, como sucedió en Enero de 1812, en que Albino García intentó apoderarse de la ciudad; éste fué derrotado por Linares, que se adelantó al movimiento combinado de los insurgentes, pero el padre Navarrete, avisado á tiempo, retrocedió á Jaujilla, hasta donde fué á atacarlo Linares, pero á su vez fué rechazado, perdiendo más de cuarenta hombres, pues los heridos que no murieron fueron asesinados por los indios de Jaujilla. En el resto del año de 1812, ocupados los realistas en la persecución de Morelos, desatendieron á Michoacán, que quedó en poder de los insurgentes, cuyos jefes se reunieron en gran cantidad á la voz del Dr. Verduzco para atacar aquella ciudad; el padre Navarrete no podía faltar, pero mal dirigida la expedición por la ineptitud de Verduzco, fué derrotada, á pesar de los cuantiosos elementos que se habían reunido pa-

ra ella. Navarrete no sufrió pérdida de ninguna clase, por haberse quedado al otro lado del Río Grande. (Enero de 1813).

Vuelto á Zacapu, el Coronel Montaña trató de perseguirlo, y en el camino se encontró á los Vocales Rayón y Verduzco, que estaban arreglando sus diferencias y tuvieron que huir por distintos caminos; esta circunstancia, ocurrida en Febrero de 1813, hizo que Navarrete fuese dejado en paz y que en el resto del año asumiese la ofensiva contra las partidas realistas que se aventuraban por esa parte de Michoacán. Al último ataque que se dió á Valladolid, y que fué ordenado por Morelos, concurrió también el padre Navarrete, quien estuvo situado en la garita del Zapote, y según su biógrafo, Don Mariano de Jesús Torres, tuvo la culpa de la confusión que hubo en el campo insurgente. "Cuando estaban en lo reñido del combate,—dice—las tropas insurgentes con las realistas que habían salido de la ciudad á atacarlas, siendo llegada la noche, y cuando ya las sombras cubrían el campo, sin que pudieran distinguirse los combatientes unos á otros, asomó Navarrete por el costado izquierdo hacia el campo de Matamoros: ni uno ni otro tenían la debida noticia y rompieron el fuego creyéndose enemigos; algunos dragones ebrios subieron por el costado derecho, se hizo general la confusión y no permitiendo

la obscuridad distinguirse, se mataron los independientes entre sí con un furor rabioso, cual no se había visto en batalla alguna."

Si antes de la derrota con trabajos había obedecido Navarrete á la Junta de Zitácuaro y al Congreso, después de ella casi jamás se volvió á acordar de él, no obstante que lo benefició dándole el mando de la gente que había sido de Muñiz; no por haber aumentado su fuerza pudo emprender campañas más formales, y la única digna de mención es la que emprendió en unión de Sáenz y de Torres contra el pueblo de la Piedad en los días 24 y 25 de Octubre, en la que redujeron á la última extremidad á los realistas; Iturbide se encargó de quitarles los bríos y los persiguió tan tenazmente, que consiguió desbaratar á éste y obligarlo á huir lejos de Zacapu. El Congreso quiso utilizar entonces sus servicios llamándolo cerca de sí, pero lo desconoció, influenciado por Cos, y entonces aquel Cuerpo hizo que Navarrete fuese aprehendido y conducido á los calabozos subterráneos del Atijo, (Enero de 1815) donde estuvo preso durante varios meses. A poco tiempo Cos le fué á hacer compañía, pues allí sólo estaban encarcelados sacerdotes.

Era aquel punto, una montaña aislada, situada en una llanura de Michoacán, que por su elevación goza de buen clima, aunque rodeada de países calientes, ofreciendo

mucha oportunidad para la defensa. Por esta circunstancia y por lo muy distante que estaba en todas direcciones de las partidas realistas que pudieran perseguirlo, resolvió Morelos fortificar aquel punto y establecer la maestranza para hacerse de artillería y armas, reuniendo y organizando los dispersos que se le presentaran, y aprovechando unos socabones antiguos que había en la montaña, quizá restos de trabajos de mina ya olvidados, hizo de ellos bartolinas para los eclesiásticos que quería castigar. En sendos calabozos fueron encerrados el padre Navarrete y el Dr. Don José María Cos, donde pasaron mil sufrimientos é incomodidades, pues una vez que se metía allí á los presos, tapaban la boca de los socabones con pared de mampostería, dejando un agujero por el cual les introducían la comida, que era siempre muy escasa, y de cuando en cuando solían abrir la puerta de la entrada para que se ventilase algo el socabón, volviendo á cerrarlo: de manera que los individuos encerrados allí, se hallaban privados de toda comunicación, por ser aquel un lugar desierto.

La fuerte división intestina producida entre los insurgentes con motivo de la prisión en la hacienda de Santa Efigenia de los individuos que componían la Junta subalterna que había quedado en Taretan, cuando el Congreso emprendió su marcha

para Tehuacán, y la disolución de esa Junta, que dió margen á la de Jaujilla, así como el establecimiento de ésta, ocasionaron que el General Rayón quisiera entonces hacer valer sus derechos como Presidente de la antigua Junta de Zitácuaro; entraron en confusión los insurgentes, que llegaron á las manos, y entonces se presentó una oportunidad tanto al Dr. Cos como al padre Navarrete para salir de los calabozos de Atijo, pues el Alcaide que los vigilaba huyó con ellos.

La muerte de los principales caudillos de la revolución; el indulto á que varios jefes insurgentes se acogieron; el cansancio de los pueblos con la exacciones y destrozos de cerca de diez años de una guerra constante y devastadora, todo esto hizo que la revolución hubiera ido decayendo, al grado que en 1820 ya aparecía casi extinguido el fuego de la revolución. En Michoacán se encontraba dividida en varias secciones las tropas independientes que operaban en su territorio; pero la tenaz persecución que les hacían las tropas realistas les pusieron en tal situación, que no les quedó otro remedio más que el indulto. Presentáronse á pedirlo Don Mariano Tercero, Vocal que había sido de la Junta; Don Juan Pablo Anaya, Mariscal de campo; el padre Carvajal y el padre Navarrete, así como gran núme-

ro de brigadieres y generales cuyo indulto les fué concedido por el Gobierno.

Desde entonces no vuelve la historia a mencionar al padre Navarrete, que siguió viviendo pacíficamente en Valladolid y á quien alcanzó la vida para ver realizada la Independencia de México. Después de la agitada vida que llevó durante ocho años, y de tantos episodios como tuvo en su existencia, murió en la obscuridad, y ni aun la fecha de su muerte puede fijarse.



PBRO. DON JOSE GUADALUPE SALTO.

Corta pero terrible es la historia de este sacerdote insurgente que con tanto entusiasmo abrazó la causa de la revolución.

Era originario de Michoacán, y una vez que se hubo ordenado, se dedicó á su ministerio en la Vicaría de Teremendo, donde se hizo notable por su vida ejemplar y sus virtudes, que le dieron fama en la comarca y aun en Valladolid. Sin embargo, fué uno de los más decididos partidarios que tuvo la revolución, y apenas empezada ésta se lanzó al campo con una partida que expedicionó por la provincia, y con la que concurrió al asalto de la capital de ella en 2 de Junio de 1811; hecho prisionero, Trujillo, por una circunstancia verdaderamente rara, no lo fusiló, sino que lo retuvo preso algún tiempo y aun lo indultó y dejó libre menos de dos meses después, en cele-

bridad de haberse retirado los insurgentes de aquella ciudad el 22 de Julio, cuando ya casi la tenían tomada.

Vuelto el padre Salto á su Curato de Teremendo, siguió siendo insurgente, ostentando ya el nombramiento de Coronel, que le dió el Mariscal Navarrete en 10. de Abril de 1812, haciendo varias correrías por los pueblos vecinos, ya sólo ya en compañía del mismo Navarrete. En una de las correrías de Linares trató de atacar el fuerte de Jaujilla, situado en la laguna de Zacapu, y fué rechazado, teniendo más de cuarenta heridos, los que fueron llevados á un pueblo de las inmediaciones; refiere Alaman que por las predicaciones del padre Salto los indios de la comarca se alborotaron y asesinaron en masa á los heridos, y que por esta causa se emprendió una tan activa persecución contra él, que se vio obligado á dejar su Curato y á ocultarse en una abra ó voladero de la alberca de Teremendo, cuya entrada estaba formada por dos planchas de vigas. Allí era alimentado por los indios, que cautelosamente iban á llevarle provisiones y á darle aviso de los movimientos de los realistas.

Pesquera, Capitán de lanceros, que tenía la comisión de capturar al sacerdote, escogió por guía á un correo que Negrete enviaba á Trujillo desde la Piedad y que cogido por la partida de Salto había logrado

escapar de ella; guiado por aquel hombre, que conocía bien el paraje, Pesquera rodeó con su tropa el cráter de un extinguido volcán donde está la alberca, y subiendo por una senda pendiente y escabrosa vió á tres hombres inmediatos á una especie de capilla que empezaban á fabricar; pusiéronse en fuga al acercarse los realistas y uno de ellos se metió por el abra, á donde fué seguido. Al entrar los soldados, alzó la voz diciendo: "No me maten, que soy ministro de Jesucristo," y al mismo tiempo dió una lanzada al soldado Manuel de la Cruz, que estaba más inmediato, dejándolo mal herido. Pesquera dió orden de que no se ofendiese al sacerdote y al mismo tiempo le intimó para que se rindiese, pero Salto contestó que "no saldría de aquella cueva, á menos que no fuese su Prelado," y preguntando quién era quien lo buscaba, le contestaron que las tropas del Rey, á lo que replicó: ¿que de qué Rey se trataba, pues las tropas allí presentes eran de Napoleón?

Al mismo tiempo empezó á defenderse, haciendo rodar piedras desde la boca de la cueva, lo que decidió á Pesquera á mandar hacer fuego; los soldados, que habían permanecido fuera de la caverna, apenas podían disparar sus armas, pues para hacerlo tenían que asirse de los arbustos suspendidos sobre un voladero de cincuenta varas de profundidad, en el que se habrían preci-

pitado al menor descuido ó si se hubiera desgajado alguna de las ramas de que se sostenían. Procuraron, sin embargo, hacer puntería sobre un tejadillo que cubría la entrada de la cueva, y á poco vieron que en el interior de ella había un hombre por tierra, con lo que suspendieron el fuego y penetraron á la caverna, donde encontraron al padre Salto atravesado de un balazo y dos mujeres que estaban allí presas para mandarlas á Navarrete; los otros dos hombres habían desaparecido.

Las mujeres fueron puestas en libertad y Pesquera hizo que el padre Salto fuese conducido en un tapextle á Valladolid, cargándolo otros de los prisioneros que había hecho. Trujillo dió orden de que el prisionero fuese fusilado al día siguiente á las diez de la mañana, y dió aviso al Obispo electo Abad y Queipo de su resolución, por si había algunas formalidades que llenar, pero al mismo tiempo le hizo advertir que por ningún motivo suspendería la ejecución, que debería verificarse á la hora señalada, por temor de que el padre Salto muriese de la grave herida que había recibido. El Obispo declaró que dada la enormidad de los crímenes del reo y su obstinación en ellos, no obstante habérsele concedido por segunda vez el indulto por intervención del mismo Prelado, era innecesaria la degradación, habiendo perdido el fuero y el principio del

cánon. Fué, pues, sacado al patíbulo en camilla, y un eclesiástico español que iba á su lado, hacía creer al concurso que se había reunido, que daba pruebas de su arrepentimiento; pero en aquellos instantes ya el padre Salto no existía, y al llegar al cadalso, los soldados encargados de la ejecución dispararon sobre un cadáver. Permaneció expuesto durante todo el día.

Por los informes de que dispuso el señor Bustamante, y que son distintos de los narrados aquí, aparece que el Presbítero Don José Guadalupe Salto fué un santo mártir de la causa insurgente; sea como fuere, revela mucha ferocidad en Trujillo ese detalle de hacer fusilar un cadáver.